

FILOSOFIA CRISTIANA

¿Puede haber filosofía cristiana? ¿Qué es la filosofía cristiana? He aquí dos cuestiones que han sido muy discutidas. La dificultad proviene de que el concepto *filosofía* incluye la razón como instrumento y la palabra *cristiana* incluye la fe como fuente. Pero *razón* y *fe*, aunque no incompatibles, son procedimientos de conocimiento completamente distintos. De donde, *filosofía cristiana* parecería constituir una mixtificación de conceptos que forzosamente tendría que repercutir en perjuicio de la filosofía o de la religión, de modo que la filosofía cristiana o no sería propiamente filosofía, por apoyarse en la fe, o no habría razón para llamarla cristiana si prescinde de la fe.

Esta cuestión empezó a plantearse públicamente en Friburgo, el año 1897, con ocasión de un Congreso Internacional de Filosofía. Se divulgó con la obra del P. Norberto del Prado que tenía por título «La verdad fundamental de la filosofía cristiana». Se trató intensamente con ocasión del XV centenario de la muerte de San Agustín, en 1930. Y llegó al máximo en la discusión pública tenida en París, en la Sociedad Francesa de Filosofía, el año 1931.

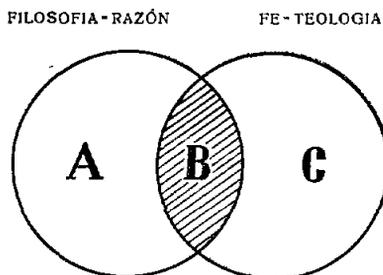
Esta Sociedad, aunque fundada y dirigida por filósofos no cristianos, varios de ellos judíos, acoge toda clase de opiniones y sistemas. Por eso filósofos cristianos, sobre todo seculares, con frecuencia toman parte en sus discusiones periódicas. En la sesión aludida actuó de ponente Mr. Gilson (destacado filósofo cristiano que tomó parte en nuestro Congreso de Apologética del año 1949, con ocasión del Centenario de Balmes) y le arguyeron el racionalista Brehier y el immanentista Brunschwig; presidió el acto el mismo Rector de la Sociedad, Mr. Leon. Intervinieron en la discusión los profesores católicos Maritain, Le Roy y Lenoir y enviaron comunicaciones Blondel y Chevalier. La asistencia fué muy numerosa, mucho más de lo acostumbrado, de modo que un distinguido miembro de la Sociedad, el judío Levy-Bruhl, exclamó: «Esto es un éxito para la filosofía cristiana».

Resumiendo las discusiones y opiniones sostenidas antes y después de aquella memorable sesión, podemos reducir las soluciones a tres: 1.^a No hay filosofía cristiana. 2.^a Hay una filosofía solamente externa y negativamente cristiana. 3.^a Hay una filosofía intrínsecamente cristiana.

Podemos prescindir de la primera solución, pues, aparte de que aún muchos filósofos no cristianos reconocen la existencia de una filosofía cristiana, históricamente es indiscutible que la producción de un San Agustín por ejemplo o de un Santo Tomás, es filosofía por una parte pero impregnada de cristianismo por otra, así que merece llamarse la suya *filosofía cristiana*, aunque ello plantea el problema de como debe ser entendida esta filosofía cristiana que es lo que se discute entre la 2.^a y 3.^a solución.

Para exponer la segunda solución hay que tener en cuenta que los campos de la filosofía y de la teología, de la razón y de la fe, aunque distintos no están completamente deslindados sino que tienen una zona común. Si representamos por dos círculos estos campos resultará que no están separados esos círculos, ni siquiera son

solamente tangentes sino que se interfieren, se sobreponen, en parte, según el gráfico siguiente:



El círculo de la izquierda representa el campo de las verdades de razón, de la filosofía, es decir, de las verdades que la razón puede descubrir con sus propios medios. El círculo de la derecha representa el campo de las verdades de la fe, de la teología, es decir, de las verdades que nos han sido enseñadas por Dios. Pero debido a la interferencia, las dos círculos forman tres zonas distintas. La zona A que comprende las verdades que puede descubrir la razón humana con sus propios medios y sobre las cuales Dios no ha dicho nada, dejándolas enteramente a la investigación del hombre. La zona B que comprende verdades que la razón humana puede llegar a conocer por sí misma pero que además Dios las ha revelado de modo que el hombre también las puede conocer por fe. Y finalmente la zona C con las verdades cuyo conocimiento es inasequible a la razón humana que llega a saberlas únicamente por la revelación.

Y hay que advertir que las verdades de la zona B son de suma importancia y fundamentales tanto para un círculo como para el otro. Estas son principalmente la existencia de un Dios personal y distinto del mundo, del cual es creador, y la espiritualidad e inmortalidad del alma humana; además también deben considerarse comprendidos en esta zona los supuestos filosóficos de la fe cristiana, que según la encíclica «*Humani generis*» son: el valor real y objetivo del conocimiento humano tanto en el orden experimental o sensible como en el orden suprasensible o metafísico, y por consiguiente el valor objetivo del razonamiento metafísico y el valor real y absoluto de los principios de contradicción, razón suficiente y causalidad.

Esto supuesto, los partidarios de la 2.^a solución dicen: Una filosofía que comprenda todas, o por lo menos no se oponga a ninguna, de las verdades de la zona B será una filosofía antipanteísta, antimaterialista, anti-idealista, antisubjetivista, anti-relativista, antipositivista, antikaniana, que son las principales direcciones de las filosofías no cristianas, es decir, coincidirá fundamentalmente con cualquier forma de filosofía cristiana, de modo que no se ve porque una tal filosofía no deba llamarse cristiana, si coincide con ella, aunque sus autores no sean cristianos.

Esta filosofía será cristiana en primer lugar *negativamente* porque en la definición se dice que no se opone a ninguna de las verdades de la fe cristiana, aunque esta definición no resulta meramente negativa ya que *no oponerse* a tales verdades dice, en su mayor parte, aceptarlas, dada su función fundamental. En segundo lugar será

externamente cristiana pues el cristianismo no sería ningún factor intrínseco de la misma, sino que sería cristiana por mera coincidencia con los supuestos filosóficos del cristianismo.

Se puede también extender éste *externamente*, y esto es lo que se concede a los partidarios de la 3.^a solución, en el sentido de la ayuda externa que la fe cristiana puede prestar y de hecho presta a *los filósofos cristianos*.

Porque hay que distinguir entre *filósofo cristiano* y *filosofía cristiana*. Filosofía cristiana es lo que se ha dicho antes. El filósofo cristiano en cambio es el pensador que estando en posesión de la fe cristiana, se dispone a investigar con su sola razón las últimas causas de todas las cosas. Para ello no debe echar por la borda su fe cristiana, no siquiera debe prescindir de la misma. No debe ciertamente *apoyarse* en ella en sus razonamientos pues entonces dejaría de ser filósofo. Pero una cosa es apoyarse y otra cosa es tenerla en cuenta. La fe le presenta la solución cierta de muchos problemas. ¿Porque no puede tener presente dicha solución para orientar sus investigaciones y rectificarlas una y otra vez hasta que con la razón llegue a la misma conclusión que la fe? Este filósofo *se sirve* externamente de la fe, *no se apoya* en la fe.

Supongamos que en unos exámenes de matemáticas un alumno sabe la solución del problema propuesto. Este conocimiento le servirá para orientar el planteamiento y el desarrollo de las operaciones hacia aquella solución, y mientras no la obtenga *rectificará una y otra vez el planteamiento y las operaciones seguro de que ha habido error en ellas y en cambio estará muy seguro de su acierto en cuanto obtenga la solución dada. Este alumno se ha servido del conocimiento previo de la solución, no se ha apoyado para nada en la misma.*

Otra comparación: supongamos un albañil que construye en pleno día a la luz del sol. *Se sirve* de la luz, *no apoya* el edificio en la luz. La prueba es que su construcción es igualmente firme por la noche cuando la oscuridad ha ahuyentado el más insignificante rayo de luz. Claro que un albañil que construye a la luz del sol edifica con más comodidad, más rapidez, más seguridad y más solidez que otro que construyera a oscuras.

Este es el caso del filósofo cristiano. Edifica el sistema de su saber a la luz de la fe cristiana. La fe le ayuda a él, pero no entra como constitutivo de su sistema que resistirá la buena crítica de un filósofo no cristiano, es decir, se mantendrá firme en la oscuridad; porque *se ha servido* de la fe, *no se ha apoyado* en la fe.

Todavía podemos conceder más, en este influjo de la fe, sobre *el filósofo cristiano*, no sobre *la filosofía*. Y es que el pensador cristiano perfeccionado por la gracia, las virtudes y los dones del Espíritu Santo está en mucho mejores condiciones, para la investigación y el descubrimiento de la verdad, que un filósofo no cristiano que desposeído de aquella perfección sobrenatural fácilmente se encuentra impedido por intereses creados, amor propio, orgullo y prejuicios, no solamente de hallar la verdad, sino aún de entrar por el recto camino de su búsqueda. Nadie como el cristiano asesorado por la verdadera fe puede tener aquel *amor de la verdad* que se necesita para encontrarla.

Pero, repetimos, este influjo afecta únicamente al pensamiento del filósofo, no a su sistema. Constituye únicamente una ayuda externa. El sistema en sí queda intrínsecamente completamente falto de todo influjo sobrenatural, de modo que pueda y deba ser aceptado por cualquier pensador no cristiano, es más, debe poder ser incluso obra de un afortunado pensador sin fe.

Con lo dicho ya podemos juzgar la 3.^a solución. Si al proponer una filosofía *intrínsecamente cristiana*, pretende únicamente poner de relieve la ayuda decisiva y extraordinaria que la fe presta a los filósofos cristianos (no a la *filosofía*), en el sentido antes explicado, no hay inconveniente en admitirla aunque la expresión se presta a confusiones. Pero si esta solución exige la fe como factor intrínseco, entiéndase como sea, *de la filosofía cristiana*, entonces no se comprende como esa, sea verdadera filosofía, pues la filosofía exige la exclusión de todo elemento sobrenatural desde el momento que se define la investigación de la verdad con *las solas fuerzas de la razón*. Además esta opinión favorecería el relativismo puesto que la filosofía cristiana constituiría necesariamente el punto de vista del pensador cristiano y de ninguna manera podría serlo del pensador no cristiano que no dispondría para estructurar su sistema de aquel factor sobrenatural. Ni la filosofía cristiana podría ejercer su papel apologético en favor del cristianismo pues para pensar según la filosofía cristiana sería necesario ser ya cristiano.

Parece pues más acertada la segunda solución según la cual existe una filosofía externa y negativamente cristiana y que podría definirse *la filosofía que ni en sus principios ni en sus conclusiones se opone a la fe*, o bien, de un modo positivo, *la filosofía que sostiene racionalmente los postulados filosóficos del cristianismo*.

Sobre esta base se pueden estructurar varias formas de filosofía cristiana, pero siendo tan importante la lucha contra el pensamiento filosófico acristiano que se ha infiltrado por todas partes, parece ser que los filósofos cristianos harían mejor, dejando a un lado las relativamente pequeñas discrepancias entre las varias escuelas de filosofía cristiana, circunscribiéndose únicamente al estudio, exposición y defensa, bajo todos los aspectos y puntos de vista de la mentalidad moderna, de aquellos supuestos filosóficos de la fe cristiana que por lo demás caracterizan ya en sus líneas fundamentales cualquier sistema de filosofía cristiana.

CAMILO RIERA, pbro.

